



Discurso de Mariano Rajoy

Presentación del libro de Luis de Guindos

“España, claves de prosperidad”

Madrid, 19 de abril de 2010

Cuando a uno le invitan a presentar un libro, le ponen en la tesitura de leerlo antes o de caer en el riesgo de que se note que no ha pasado del índice. Les puedo asegurar, sin embargo, que el libro que hoy presentamos



OFICINA DE INFORMACIÓN

no lo he leído para evitar ese riesgo, sino que lo he hecho con gusto y satisfacción. Y, si me lo permiten, hasta con algo de emoción y orgullo.

Por eso, acepté muy honrado la invitación a participar en este acto que me da, además, la oportunidad de estar hoy aquí con todos ustedes junto al coordinador de esta obra, Luis de Guindos, y junto a Rodrigo Rato y a José María Aznar, los protagonistas más destacados de cuanto en el libro se narra.

De los autores, de su solvencia profesional y de su experiencia, poco puedo decir que no sepan ustedes —y que no haya señalado ya José María Aznar en el prólogo que introduce el libro— o que pueda mejorar los comentarios que acaban de escuchar a Rodrigo Rato.

Estamos ante un magnífico relato de un período que, ahora más que nunca, vale la pena recordar.

Viví aquel tiempo con los autores, compartí su experiencia, y puedo asegurar que las cosas fueron como aquí se narran.

No necesito ensalzar aquel gobierno. Ya lo hace de sobra el señor Rodríguez Zapatero cada día que pasa; porque nunca destaca tanto el blanco como cuando contrasta con el negro. Nunca adquiere tanto lustre aquella política como cuando se la compara con la triste incompetencia que contemplamos hoy.

Cuando las cosas se hacían bien, salían bien y cuando se hacen mal, salen mal.

Merece la pena aprender esa lección.

Y eso es lo que nos cuenta el libro, el análisis de una gestión gubernamental que vale la pena estudiar por sus resultados. Porque creo que nadie podrá negar que la política económica que aquí se analiza trajo prosperidad, bienestar y desarrollo para todos.

Con todo, el acierto principal de aquella política económica no fue la economía, con ser muy acertada, sino la política.

No olvidemos que estamos hablando de política, económica sí, pero política. Porque se trata no sólo de aplicar ideas económicas, y de escoger con acierto las mejores opciones.

De lo que se trata es de hacerlas realidad y esto no es una tarea económica, esta es la esencia de la política:



OFICINA DE INFORMACIÓN

Hacer realidad un propósito que afecta a la gente y en el que interviene la gente; y armonizar criterios puramente económicos con apremios sociales; y la eficacia económica con los imperativos de la justicia. Esa es la esencia de la acción política. Para esas decisiones necesitamos a los políticos.

No seré yo quien rebaje la importancia de los problemas técnicos de la economía, que los tiene y muy serios. Lo que quiero decir es que se puede llenar toda una pizarra de sólidas razones económicas, se puede poseer toda la razón económica, pero, para ir más allá, para transformarla en acción, para hacerla eficaz, se precisa una voluntad política, porque es preciso compartir esa razón con los ciudadanos y determinar la respuesta a esos grandes escollos del quién, del cómo y del cuándo.

Se acertó entonces con los criterios económicos y se acertó, más todavía, con la política que los hizo realidad.

Sensu contrario podemos decir hoy que el problema que sufrimos los españoles no deriva tanto de la crisis económica, con ser esta muy grave, como de la desastrosa política del gobierno.

No fallan los economistas, fallan los políticos y falla particularmente el señor Rodríguez Zapatero, que es el responsable de articular la acción política del gobierno.

No entraré en si tiene o no tiene conocimientos de economía porque eso ni corresponde a su papel ni hace al caso. Sé que a su alrededor hay personas que sí saben de Economía, pero es como si no supieran porque se les ha obstruido el cauce político. Y es precisamente el responsable de la gestión política quien bloquea cualquier posibilidad de un planteamiento económico eficaz.

Como dice con frecuencia Cristóbal Montoro: *se ve que no pretende nada y lo ha conseguido.*

Por eso, en el día de hoy, el gobierno, que es parte consustancial del problema, no puede alinearse en las filas de la solución.

Si no se quiere reconocer la realidad, y se malversa la riqueza, y se rechazan los consejos, y se despilfarra el crédito, y se malgasta la capacidad de los españoles, y se desprestigia la palabra de gobierno... no podemos decir que sea por culpa de los economistas. La responsabilidad corresponde a quien ni quiere ni sabe ni se atreve a poner en práctica una gestión económica eficaz.



OFICINA DE INFORMACIÓN

Cuando me refiero a la voluntad política hablo de una voluntad de hacer, de implicarse, de asumir responsabilidades, no de escurrir el bulto, disfrazar los hechos y sacudirse los compromisos.

Se precisa una voluntad de hacer aquello que las circunstancias del momento y del lugar exigen, y exigen más que a nadie a aquellas personas a las que se ha elegido y se les paga un sueldo, precisamente, para que se mojen, para que se comprometan, para que se arriesguen.

Una vez que se dispone de un criterio económico sólido y de una voluntad política firme, lo más importante es poner la economía al servicio de la persona.

Lo que se nos describe en este libro no es pura política económica. Nos habla de genuina política social, de la mejor política social que hemos conocido en España. Sin aspavientos, sin proclamas, sin ditirambos, pero con soluciones y con resultados incontestables.

Esto es especialmente importante para quienes pensamos en la economía como un instrumento de la acción política al servicio de la persona; un instrumento que no puede prescindir de la dimensión humana.

¿Y esto qué quiere decir?

Quiere decir, simplemente, que la política económica no tiene más sentido final, más razón de ser, más legitimidad, que el bienestar del individuo.

Los análisis económicos son muy importantes porque la realidad es muy compleja; y sería una osadía, incluso una temeridad, adentrarse en ella, como hacen algunos, sin saber lo que se traen entre manos.

Son muy importantes los escenarios macroeconómicos. Es muy importante saber interpretar la realidad a través de los números. Pero no podemos olvidar nunca que detrás de esas frías cifras, insensibles, están las personas: nos hablan de las personas, y las tomamos en cuenta porque afectan a las personas.

De ahí que los dilemas de la política económica, especialmente los peores, los que nos obligan a escoger entre dos males y buscar el menor, planteen siempre no simples problemas de matemática económica sino muy incómodas cuestiones morales.

Esta es la razón por la que aunque la economía pueda ser absolutamente racional, la política económica tiene que ir más allá, porque



OFICINA DE INFORMACIÓN

no puede prescindir de consideraciones morales, culturales y afectivas.

Todas estas cosas, por sobreentendidas, no solemos traerlas a colación, y en el lenguaje cotidiano ni las mencionamos, pero están ahí. Los ricos y los pobres no son los países ni las economías, sino las personas. Tanto las necesidades como el bienestar, y la pobreza como la prosperidad, se refieren a las personas. Y la única meta legítima de la política económica ha de ser mejorar la vida de las personas. **Si una política económica no ayuda a formar una sociedad mejor, es decir, más habitable por ser más justa, es un fracaso.**

Y decimos esto, en primer lugar, porque es nuestra razón de estar en la política, sin la cual nos sentiríamos tan desorientados que no sabríamos construir ni un triste discurso coherente.

Eso es lo que señalan las resoluciones de nuestros congresos: *El partido popular se define como una formación política que tiene a la persona como eje de su acción política, y el progreso social como uno de sus objetivos.*

Y esto es, también, lo que manda la Constitución en unos cuantos artículos que no les voy a leer ahora. Y esto es lo que exigen nuestros electores.

Cuando el señor Rodríguez Zapatero dice esas cosas de que *la derecha se mueve por intereses y la izquierda por ideales*, lo único que queda claro es que nosotros nos ocupamos de los problemas reales de la gente y los socialistas de contar cuentos.

En definitiva:

El único fin legítimo de la política económica es el bienestar de la persona y con ella, el del país. El que lo consigue hace la mejor política imaginable. El que no lo consigue es un fracaso, tal vez envuelto en purpurina y buenas palabras, pero un fracaso.

A este propósito, una de las mayores simplezas que hemos escuchado durante estos años de tanto “*progreso*”, es la que plantea un falso dilema entre el rigor financiero de las cuentas públicas y las obligaciones sociales del Estado. De prestar atención a los actuales ministros que menos entienden de economía e incluso de gobernar, o bien uno se preocupa del déficit y abandona a los necesitados, o atiende a los necesitados y se olvida del déficit. Parece que las dos cosas no se pueden atender, que están fuera del alcance del ser humano.



OFICINA DE INFORMACIÓN

Todos sabemos que no piensan ni eso ni lo contrario, pero que algo tienen que decir para justificar la ruina de la nación y evitar que la gente los abuchee por la calle. Piensen o no piensen, lo que importa es que, de hecho, hacen incompatible en la teoría y en la práctica la eficacia económica y las prestaciones sociales.

No hace falta mucha sabiduría para descubrir que lo cierto es lo contrario. Hasta un niño sabe que de donde no hay no se puede sacar. Cuanto mejor sea la eficacia económica, mejor se podrán atender los derechos sociales, como todo el mundo sabe.

El rigor económico no es, pues, enemigo de las prestaciones sociales sino su mejor garantía, su fundamento; y quien lo ataca le está quitando el pan de la boca a quien más lo necesita.

Permitir que se seque la fuente que alimenta toda la política social es tan insensato, tan irresponsable como pregonar que lo importante es el tejado y no los pilares que lo sostienen. Incluso hemos oído proclamar demagógicamente que, llegado el caso, si es preciso prescindir de los pilares para abonar una prestación, se prescinde.

Para este gobierno, los derechos sociales —que identifica con lo único que sabe hacer, repartir subsidios— se han convertido en el refugio de la incompetencia. Esa incompetencia que no se enfrenta a los males cuando se inician, los ve pasar sin tocarlos, los oculta para evitar reproches, deja crecer el número de parados, presume porque cada día paga más subsidios y llama sensibilidad social a cavar más hondo en el agujero de la deuda.

Felicito de nuevo a los autores y recomiendo a todo el mundo que lea este libro y constate, como ya he dicho antes, que cuando las cosas se hacen bien salen bien y, al revés, cuando se hacen mal es imposible que salgan bien.

Nadie piense que estamos ante un recetario económico. Nada de eso. El éxito de la política que recoge, se debe en gran parte a que, lejos de aplicar aquel gobierno recetas económicas generales, supo adaptarse a la realidad de unas determinadas circunstancias.

No es un manual ni un recetario, pero sí constituye un magnífico caudal de experiencia. Una experiencia que sembró el PP, cosechó el PP y... nadie más; porque pudo aprovecharse muy bien de ella quien hubiera querido, pero no se ha dado el caso.



OFICINA DE INFORMACIÓN

Yo les aseguro que, cuando nos corresponda gobernar de nuevo, no despreciaré la mejor experiencia económica que nos ofrece la historia de España.

Eso sí, nos adaptaremos a los problemas del momento.

Y en ese sentido, este es un libro que nos avala y nos llena de confianza ante los compromisos que nos esperan.

Cuando nos llegue el turno, pondremos las cosas en sus términos cuerdos.

No diré a los españoles que estamos en la Champions League. No les diré que los males económicos que se han cernido sobre nosotros a lo largo de varios años puedan desaparecer en cuatro días. No desaparecerán en cuatro días, ni en cuatro semanas, porque ningún gobernante puede hacer que el trigo crezca en un mes, pero desaparecerán.

Desaparecerán porque tenemos la capacidad, como la hemos tenido en el pasado, de poner en juego cuanto sea preciso para restaurar una situación económica gravemente deteriorada.

Y desaparecerán porque tenemos el propósito firme de reconquistar esa reputación que España no debiera haber perdido.

Y desaparecerán porque es lo que quieren los españoles que sienten cómo sus recursos, su capacidad, su voluntad de trabajo, están siendo primero menospreciadas, luego entorpecidas y, por fin despilfarradas.

Pero todo eso será cuando toque. Cuando rematemos con éxito nuestro propósito de hoy que es congregar a esa mayoría de españoles que precisamos para alcanzar el Gobierno. Esta es nuestra tarea actual, esta es mi tarea actual: convencer a la gente, ganar las elecciones y contar con una mayoría suficiente en las Cortes que nos permita gobernar con eficacia. Entonces se podrá ver cómo el Partido Popular está preparado, una vez más, para resolver la desventurada situación económica que nos dejarán, también una vez más, los socialistas.

Ahora de lo que se trata es de eso, de conseguir el apoyo de una mayoría de los españoles para poder formar gobierno. Porque, en caso contrario, sin la esperanza de una victoria cercana, la lectura de este libro no sería más que un ejercicio de nostalgia complaciente.

Pero, de momento, repito, lean el libro.



OFICINA DE INFORMACIÓN

El tiempo juzga hoy los aciertos de ayer. Y los juzga como se merecen. Este libro lo cuenta con amenidad, con rigor y con legítimo orgullo. El orgullo de quien acertó a hacer las cosas bien, contribuyó eficazmente al bienestar de sus compatriotas, multiplicó la riqueza y el prestigio de España, y se ha ganado con justicia un merecido albergue en el recuerdo de los españoles.